

Hacia una teología de la liberación personalista

Mariano Moreno Villa

Teólogo.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Las limitaciones de espacio propias de la sección nos han obligado a prescindir de la primera parte del escrito de Mariano Moreno. Recogía en él la charla que nos ofreció en octubre pasado durante la última Asamblea General celebrada en El Espinar. Lamentablemente, no podemos reproducirlo en su integridad. Se ha mantenido la parte más propositiva.

El tema de los lugares teológicos o las fuentes desde donde pensar la fe es tan antiguo como la misma teología. El teólogo, tradicionalmente, entendía que la Escritura, la Tradición, la vida celebrativa de la Iglesia y la enseñanza del Magisterio eran los lugares teológicos a los que había que acudir para inspirar la reflexión creyente.

Lo que la teología de la liberación aporta no es ninguna novedad en este sentido, sino que sólo ha hecho recordar lo que se sabía pero se había olvidado: Jesús, el pobre de Nazareth, el que siendo rico se hizo pobre para enriquecer a los empobrecidos, estuvo siempre al lado de los oprimidos.

Pero este recordar que el *pobre* es un lugar teológico privilegiado, difícilmente pudo percibirse desde la mesa de trabajo del teólogo profesional europeo, «científico», que suele escribir para que otros teólogos lo lean, pero que casi nunca ha sintonizado con los intereses, las esperanzas y los sufrimientos de su pueblo. Y

esto es justo lo que no sucede en América Latina, cuna de la mitad de los católicos de la humanidad. En efecto, el hambre, la opresión, la secular dependencia (política, económica, cultural, etc.) en la que el pueblo latinoamericano se desenvuelve, se ha convertido de esta forma, en un ineludible lugar de reflexión teológica. De forma que el pobre, la realidad de opresión y sufrimiento del pueblo latinoamericano, así como la praxis concreta que hacia ese pueblo realiza la Iglesia, se convierte en un *lugar de reflexión teológica*, el punto de arranque del discurso sobre Dios. ¿Cómo hablar de Dios en medio del sufrimiento de millones de personas inocentes? He aquí el punto de partida de la teología de la liberación.

Sin embargo, una cosa debe estar clara, como *teología* de la liberación: la razón última y fundamental de la opción preferencial por el pobre no está tanto en el amor a éste cuanto en el amor a Dios en quien creemos; el segundo mandamiento, en cristiano, encuentra su basamento en el primero. Sólo desde aquí es posible entender el amor radical, no sólo al pobre, sino también al hermano enemigo. La opción por el pobre no es, estrictamente, antropocéntrica, sino teocéntrica.

El pobre, desde esta perspectiva, no es sólo un *lugar teológico teórico*, sino un *lugar teológico estricto*:

No es posible amar al Dios invisible si no se ama al pobre, que hemos convertido en invisible, en una especie de subhombre, de no-ser, de «nada», persona a-propopizada, al estar situado, en enormes masas, lejos de nuestra vista. La carencia de la mirada al rostro del pobre hará que nuestra reflexión teológica sea una pura palabrería; desde aquí a lo máximo que se puede llegar es a una ética bajo mínimos.

Dice Lévinas que el *tercero* es el garante de la ruptura del riesgo solipsista en la relación entre el yo y el Otro. Pero hoy el tercero, el criterio de la personalización de nuestra reflexión, es el mundo tercero, el Tercer Mundo, a costa del cual nosotros podemos vivir como vivimos, o vegetar como vegetamos. El Tercer Mundo, la persona del pobre —también aquí, en el cuarto mundo—, irrumpe con su rostro sufriente, con su voz apagada, con su vida que se extingue. El «encuentro» al que se refieren los personalistas se denomina ahora «irrupción» del Otro. La garantía de una vida humana, por nuestra parte, estriba en la escucha y la disponibilidad ante la voz del Otro, ya clame por sus derechos arrebatados, ya ni siquiera tenga voz para dejarse oír. Su irrupción impele al cristiano a transformar el orden vigente, el «desorden establecido» que decía Mounier, y que es hoy toda-

vía más desorden que en el tiempo en que el mayor personalista europeo habló de ello. Recordemos que «liberación» es el correlato contrario a «opresión», a «dependencia», a «injusticia». Y la injusticia es algo que aumenta en nuestro mundo cada día más, sin que esto despierte entre muchísimos de los personalistas actuales una reflexión expresa sobre este asunto.

El amor al Otro es prático o no es amor. El encuentro con Cristo, con Dios, se realiza a través de la «vía» de acceso a Dios, que no es sólo racional, sino práctico: el Otro es el camino que nos conducirá al verdadero Camino. El pobre es el icono de Dios y su rostro vivo en la historia.

Una teología de la liberación PERSONALISTA debe criticar, como *teología* y como *personalista*, el abuso que se hace de los textos del Antiguo Testamento, en concreto del paradigma del «éxodo» como modelo de liberación. ¿Por qué? Porque es un texto plagado de cultura judía, no toda ella «revelada», aunque esté toda inspirada: la clave debe ser la relectura de todo el Antiguo Testamento *sub lumine Christi*, donde el amor al enemigo es frecuentemente silenciado por la teología de la liberación. Y es que es necesario no olvidar, como hace el mismo Lévinas, que la liberación de un pueblo, allí, se hizo a costa de la opresión de otro pueblo; es decir, la liberación de unas personas costó la vida a otras personas, muchas de ellas inocentes. El mismo pueblo liberado, Israel, al que Lévinas dedica multitud de apologéticas páginas en sus magníficos libros, es hoy un pueblo etnocida y opresor de otro pueblo; sin Cristo —la mayor ausencia del pensamiento de Lévinas— un pueblo, cuando es liberado, se vuelve etnocida; si

ello sucede con Cristo —piénsese en la cristiandad colonial, etnocida, religiocida, etc.—, mucho más sin él.

Además, es indudable que existe el riesgo del reduccionismo de la fe cristiana a lo político y económico. El amor cristiano al hermano va mucho más allá de lo que exige la justicia distributiva. Pero si nos precavemos tanto de este riesgo de reducción del amor a la política, corremos un riesgo igualmente mayor: el de renunciar a amar a la persona concreta del Otro: podemos amar al Otro en abstracto o incluso, lo que es peor, a un Otro abstracto. El amor, si no es a la totalidad de la persona, no es amor, sino un extraño romanticismo sentimental. Amar al Otro implica amarlo en la totalidad de sus circunstancias; no hay amor que no sea *eficaz* en este sentido (sin caer en el utilitarismo), pues Jesús nos amó eficazmente, transformando nuestra vida y colmándola de sentido. Entre los cristianos aburguesados, «aborregados», que decía Mounier, existe una esquizofrenia patente: con su boca dicen amar a Dios con todo su corazón (quienes lo dicen), mientras que su corazón está plagado de ídolos, de fetiches; el mayor de ellos quizás sea la *autolatría*. La condición *sine qua non* para el encuentro con Dios, es la desposesión de uno mismo, la ruptura con cualquier fetiche.

Pero también es cierto que se corre el riesgo del *filantropismo*. La filantropía es admirable, pero en tanto que cristiano, el amor hacia la persona del Otro es un amor engarzado en Dios, es, estrictamente, teocéntrico. Y lo es no sólo en cuanto a su meta, sino también en cuanto a su origen: el amor de Dios es gratuito e inmerecido. Sólo el que se sabe perdonado radical y gratuitamente

puede comenzar a perdonar así; sólo el que se siente amado gratis puede amar gratis al otro, setenta veces siete, comprometiendo toda su vida.

Es fácil y sumamente gratificante sentirse amado por Dios. Es un poco más difícil amar a Dios, a un Dios en abstracto, sin rostro concreto, sin interpelación efectiva.

Pero el cristiano sabe que no es posible amar a Dios, al que no vemos, si no amamos la huella de Dios, que es el hermano, a quien sí vemos. El hermano próximo es el camino del acceso al Padre; lo que hagamos con él, lo hacemos con Jesús; lo que no le hagamos, lo dejamos de hacer con Jesús.

En cristiano, sin embargo, el fundamento del verdadero amor al hermano se sustenta en Dios, y en la relación con Él, de tal forma que el encuentro con Dios es la condición de posibilidad de un verdadero encuentro con la persona del Otro. Tenemos, por tanto, que hay que amar al hermano para amar a Dios; y es necesario amar a Dios para amar al hermano, con un amor efectivo y real. Estos dos momentos, lejos de contradecirse, se reclaman recíprocamente. Y Jesucristo es la síntesis: el Dios hecho hombre, para que el hombre alcance la vida íntima de Dios. Jesús es nuestro camino para llegar no sólo al Padre, sino también hasta el hermano.

La teología de la liberación *no es una moda pasajera*, aunque aspira a serlo, en el sentido de que aspira a no tener que reflexionar ni luchar por la liberación porque *ya no sea necesario*. Pero contemplando la historia cainita de la humanidad, mucho me temo que sólo en la Vida Eterna dejará de ser necesaria, cuando participemos de la liberación definitiva y absoluta. **A**